

**Manuel Soler Palá, M.SS.CC. y Manuel Amengual Batle, M.SS.CC.: JOAQUIM ROSELLÓ I FERRÁ.  
UN MISIONERO DE CORAZÓN (\*)**

Dos hijos de la Congregación fundada en Mallorca en 1890 escriben la biografía del fundador, el padre Roselló. Y nos parece que es el segundo, Amengual, autor de otra biografía más extensa del mismo religioso, el principal responsable de la obra.

Tras su lectura queda sobrado conocimiento de este piadoso y tradicional sacerdote que destacó en una Mallorca que entonces contaba con un clero espléndido. Su piedad, su celo por las almas, sus dotes de predicador y misionero, su sencillez, su obediencia a la jerarquía..., le configuran como un claro candidato a los altares.

Es la suya una santidad sin estridencias, sin nada relevante a los ojos de los que buscan maravillas, diríamos que es como un aroma de santidad que seguía y rodeaba sus pasos sacerdotales.

Qué vida más sencilla, agotada sin salir de su hermosa isla. Apenas un viaje a Tierra Santa y otro a Roma. Y este último casi sin noticias del mismo. El amor a Cristo y al Papa le hicieron alargar sus pasos en dos ocasiones. El resto... Predicar, confesar, dirigir espiritualmente... Y retirarse, cuando podía y le dejaban, que era casi nunca, a la soledad que tanto gustaba para estar con Dios.

Muchos años en el Oratorio de San Felipe Neri y después, tras no pocas dudas vocacionales, la fundación de la Congregación de los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. La revitalización del monasterio del Lluch y las angustias de la incautación de sus bienes por el ministro Navarro Reverter, que llegó a ser excomulgado por el obispo diocesano, Cervera. Las amenazas de última hora sobre su jovencísima y minúscula Congregación que le precipitaron a la muerte. Y poco más. La vida de un santo y sencillo sacerdote, que no es poco.

---

(\*) BAC, Madrid, 1997, 295 págs.

Pero el libro, desgraciadamente, tiene algo más. En varias ocasiones nos hemos referido a numerosas biografías, escritas por quienes han conseguido averiguar algo, o bastante, sobre el biografiado pero que ignoran todo lo relativo al entorno político, social o religioso del personaje. No es este el caso. Pero es peor. Y tampoco único.

Este libro está escrito desde la insolidaridad. El religioso, o los religiosos si es que hay que imputar también responsabilidades a Soler, está o están convencidos de que el fundador, aparte de las virtudes personales, era un pobre hombre, inmerso en una pobre Iglesia, equivocada, desfasada e injusta que, gracias a Dios, ha sido barrida por la Iglesia maravillosa de la que ellos son profetas y protagonistas.

Nos limitaremos a algunos ejemplos. Las Órdenes religiosas, antes de la Desamortización, "no eran promotoras de la justicia con nuevos planteamientos" (pág. 27). ¡Vaya estupidez! El padre Roselló "no adquiere conocimientos de la lengua ni de la historia de su propia gente. Sus sermones reflejan más la cultura de Castilla. Los pocos textos que en el futuro redactará en catalán, de cara a la predicación, dejan mucho que desear" (pág. 33).

Y a mí me parece que, sobre todo, reflejaban la cultura de Dios, que es la que hoy se echa en falta en tantos predicadores. La influencia del Hermano Trigueros, jesuita exclaustro, que parece una bendición del cielo para hacer santo al padre Roselló, es considerada excesiva y perturbadora (págs. 38-41). Sus "recelos" ante la mujer no son tales sino una sabia norma de ascesis sacerdotal, entonces universalmente seguida por todos los buenos sacerdotes y cuyo abandono ha sido causa de infinitas secularizaciones hoy (págs. 38-39). Claro que así se puede hablar de la "extemporánea modestia y castidad de Joaquín" (pág. 40), pero posiblemente sin ellas no tendríamos al santo sacerdote.

Pésimos también los estudios del fundador ya que, con ellos, "se hace casi imposible el diálogo ecuménico y con la sociedad" (pág. 42). Pero, ¡qué diálogo ecuménico tenía que establecer el padre Roselló! Menos mal que gracias a los estudios del padre Amengual y otros *ejusdem furfuris*, el diálogo con la sociedad ha

conseguido secularizar hasta extremos que hace cien años nadie se podía creer.

Naturalmente, el padre Roselló, por la nefasta influencia del Hermano Trigueros, se excedía en las mortificaciones (págs. 47-48), leía a los padres Nieremberg y Ribadeneyra, el primero "de una impostación y dureza ascética desaconsejables" y el segundo "desavenido con el sentido común" (pág. 48). Además, tenía gran devoción al Sagrado Corazón, con "piedad un poco quejumbrosa, según la entiendo Santa Margarita María de Alacoque" (pág. 51).

Verdaderamente, el padre Roselló era un pobre hombre. Menos mal que para la salvación de Mallorca y de la Iglesia tenemos al padre Amengual. Lo único que no comprendemos es cómo este genio ingresó en una Congregación fundada por tal mediocre y se hace llamar Misionero de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, muestra, sin duda, de una piedad quejumbrosa.

A aquellos eclesiásticos, "acostumbrados a argumentar en nombre de los derechos abstractos de la verdad, les pasan desapercibidos los derechos concretos de la persona" (pág. 100), y "estaban huérfanos de la voluntad y la capacidad que exigen los tiempos" (pág. 101), voluntad y capacidad que, sin duda, sobra en Amengual, gracias a lo cual aún le cabe alguna esperanza a la Iglesia y al Sagrado Corazón.

Mal que le pese al menguado Amengual —le llamo menguado en comparación con la talla de su fundador y no en otros sentidos que la palabra pudiera tener—, el padre Roselló fue un integrista, en la más noble acepción de la palabra, como lo fueron casi todos los eclesiásticos de categoría de la época y creo que la totalidad de los elevados a los altares. La insolidaridad del biógrafo con todo lo que ha hecho grande al fundador es su problema mental. Pese a todos estos lunares, no de escasa entidad, de las páginas del libro emerge, pura y limpia, la figura de un santo sacerdote.

Se considera que el milagro que lleva a un siervo de Dios a los altares debe ser una curación milagrosa de la salud. Tal vez en este caso se pudiera tener como tal la conversión de la Congregación que Roselló fundara a los ideales de su santo fundador. Y no tiene otra alternativa. La conversión o la muerte. Según

el Anuario Pontificio de 1974, había 152 misioneros en todo el mundo. En el de 1987 eran sólo 133. Hoy, apenas rebasarán los 100. Es cuestión de muy pocos años que desaparezcan. No perderá nada la Iglesia si no vuelven al carisma del padre Rosselló. Que no es el de Amengual.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

**Juan Ignacio Fernández Marco, S.J.: LA OBRA SOCIAL DE VICENTA MARÍA Y LOS JESUITAS (\*)**

Libro éste cuya lectura produce una extraña decepción. No por la maldad intrínseca del mismo, que no la tiene; ni por haber sido escrito a vuelapluma y sin estudio, pues ha requerido trabajo e investigación, sino por su inutilidad. Ciertamente que a través de él se pueden seguir la vida y los trabajos, no pocos, de Santa Vicenta María López Vicuña y su fundación del Servicio Doméstico, así como la filiación, claramente ignaciana del nuevo instituto religioso. Pero, sobre todo, refleja los numerosísimos contactos, personales o por escrito, de la madre fundadora con algún jesuita, la edad de éstos, su cargo u oficio en el momento, más una breve nota biográfica de cada uno de ellos, el estado de salud de los mismos, sus fallecimientos...

Algunos se limitaron a predicar algún sermón a las monjas, otros fueron confesores de las mismas, varios, consejeros de Santa Vicenta María y piezas clave en la fundación.

Ciertamente que queda en el texto un reflejo de la psicología de la madre, de sus angustias, vacilaciones y firmezas, de su fuerte personalidad... Pero no es ese el objeto del libro, que debería haberse titulado, *Jesuitas que se encontraron con la madre López Vicuña a lo largo de su vida*, cuestión realmente de escaso interés aunque, repetimos, muy trabajada por el autor.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

---

(\*) Universidad de Deusto, Bilbao, 1990, 190 págs.